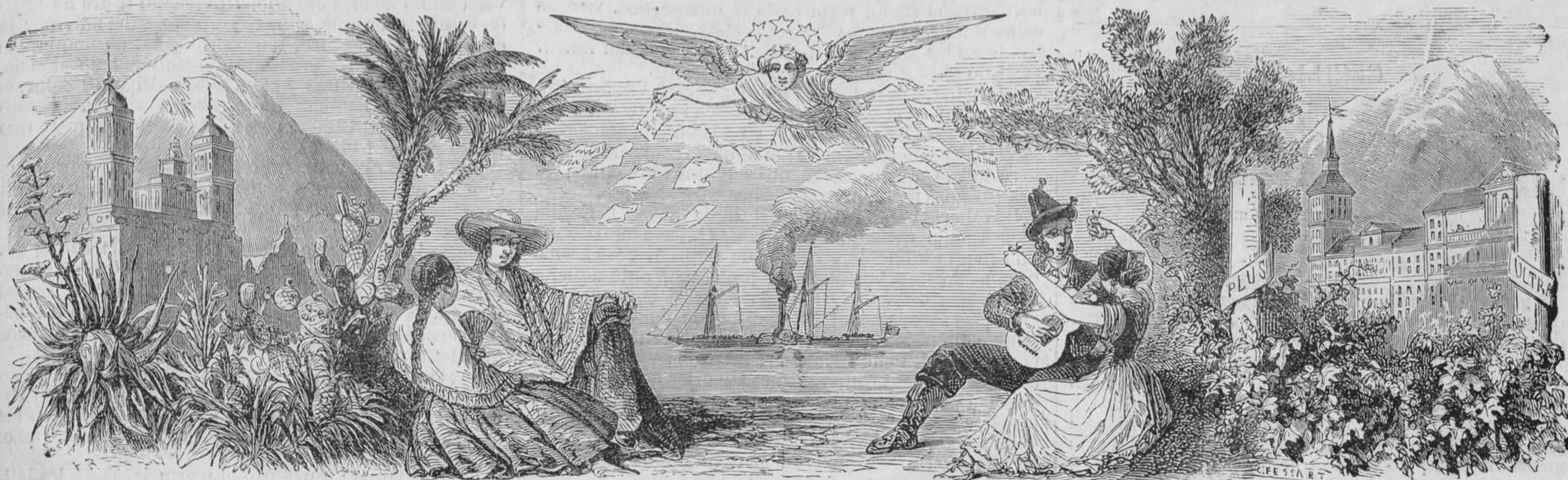


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 19. — N° 372.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

## SUMARIO.

Llegada á Málaga de los heridos del ejército español de Africa; grabado. — Cecilia. — Revista de Paris. — Apertura del Parlamento Inglés; grabado. — Llegada del emperador del Brasil á Pernambuco; grabado. — El conde de Cavour; grabado. — El caballero Carlos Luis Farini; grabado. — La fe. — Transformación de la flota francesa; grabado. — El doctor Antonio. — El imperio de Marruecos; grabados. — A una pintura de la Concepción de Murillo. — A Pepa. — Cuentos y tradiciones populares de Cataluña. — La extracción del

hielo en el lago Mezzo en Mantua; grabado. — Vialto del ferro-carril de Desenzano; grabado.

### Llegada á Málaga de los heridos del ejército español de Africa.

El 12 de enero fondeó el vapor *Madrid* en el puerto de Málaga llevando á bordo los heridos del ejército español que opera en Africa. La llegada de estos valientes excitó en la población un interés inmenso. El muelle

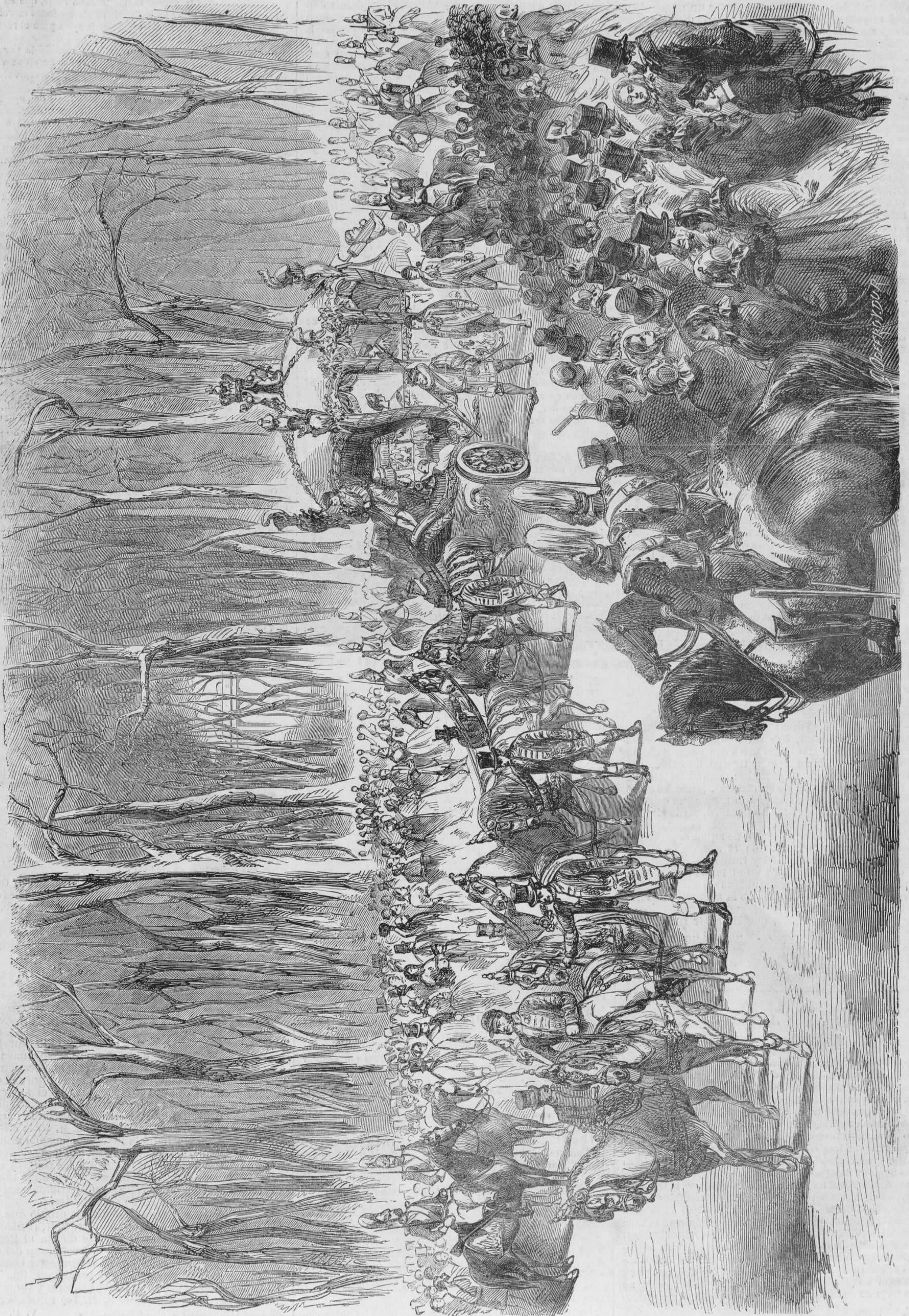
estaba invadido por una muchedumbre ávida de saludar á los valerosos soldados que combaten en Africa. Todas las clases de la sociedad se hallaban representadas en el puerto para asistir al desembarco de los heridos. Entre estos se contaban el coronel Uribarri, el comandante de húsares Gabriel Perez, un capitán de Zamora, otro del Príncipe, y algunos oficiales de artillería. Todos ellos fueron objeto de una atención particular, y pasaron en coche al hospital San Julian. El coronel y algunos oficiales fueron alojados en casas particulares; otros en la fonda de los *Tres reyes*. El



LLEGADA Á MÁLAGA DE LOS HERIDOS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DE AFRICA.



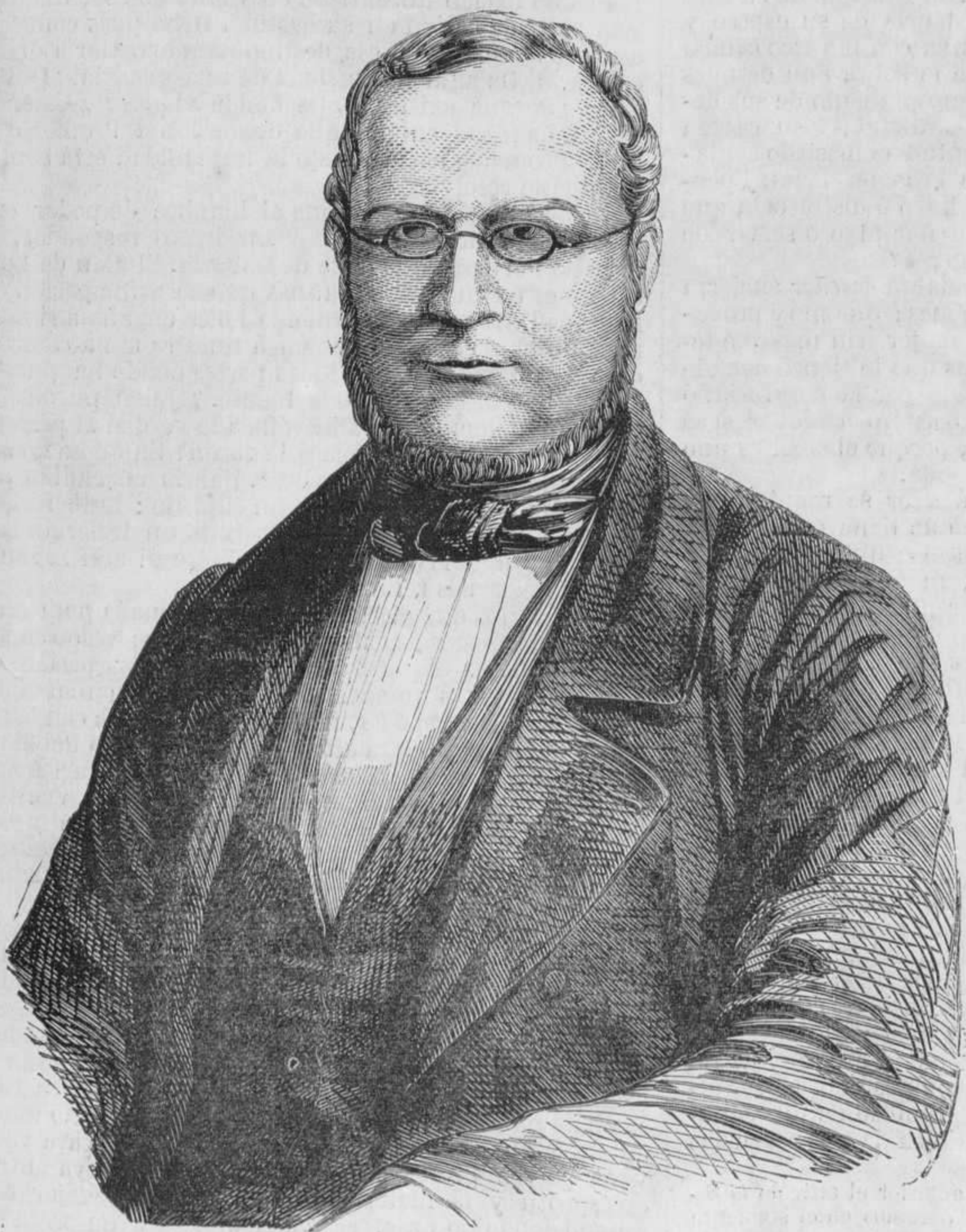




APERTURA DEL PARLAMENTO INGLÉS. — LA REINA VICTORIA DIRIGIÉNDOSE AL PARLAMENTO EL 24 DE ENERO DE 1860.



LLEGADA Á PERNAMBUCO DE S. M. EL EMPERADOR DEL BRASIL DON PEDRO II.



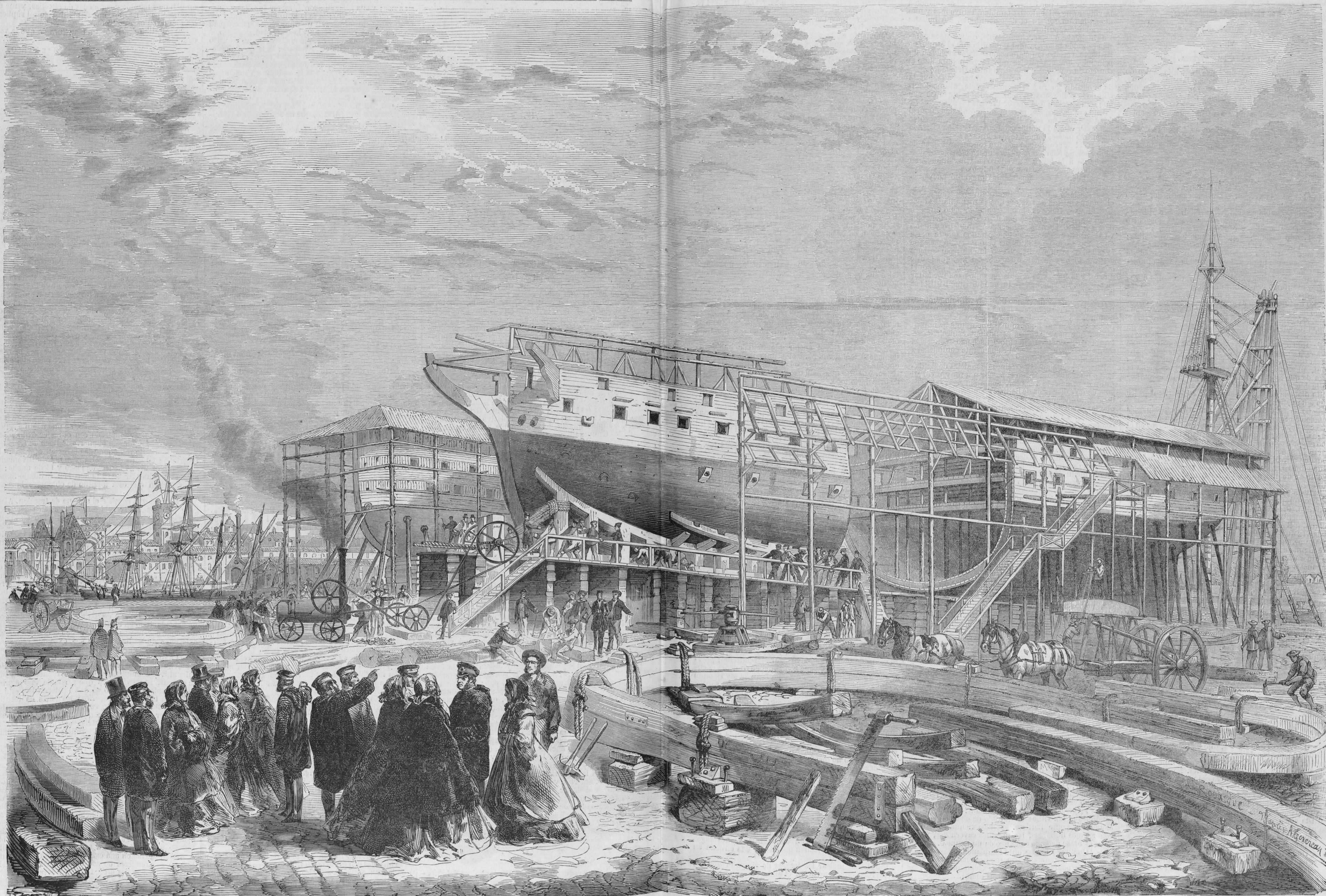
EL CONDE DE CAVOUR, presidente del consejo de ministros de Cerdeña.



EL CABALLERO FARINI, gobernador general de Módena, Parma y la Romagna.







TRANSFORMACION DE LA FLOTA FRANCESA. — LA FRAGATA LA SEMIPALMIS ALARGADA EN EL ARSENAL DE ROCHEFORT.



**EL DOCTOR ANTONIO.**

(Continuacion.)

VIII.

LA HISTORIA DE BATTISTA.

— Battista, comenzó Speranza, era hijo único de una pobre mujer á quien llamaban la viuda Susana, aunque su marido vivía todavía; pero la abandonó cuando Battista no tenía mas de dos años, y pasó á Francia donde se estableció.

Como la viuda Susana era vecina nuestra, — antes de que tomáramos esta posada, — Battista y yo vivíamos como dos hermanos, estábamos siempre juntos, él me llamaba su mujercita y yo le llamaba mi marido.

Esto sucedía cuando no éramos mas altos que esta mesa.

Todos los domingos despues de vísperas Battista me esperaba á la puerta de la iglesia para volver á casa conmigo, y nunca hablaba á otras muchachas mas que á mí, bien que las otras le hablasen á él bastante á menudo; pues la verdad, señorita, era el mejor mozo de la parroquia.

Quando yo habia crecido y principiaba á ir al monte, Battista no dejaba nunca de salirme al encuentro á la mitad del camino y cargaba con mi leña.

Todo esto hacia creer que era una cosa convenida; todos en Bordighera tenían por cierto como nosotros que nos casaríamos cuando estuviéramos en edad de hacerlo, aunque ni mi padre ni la viuda Susana hubieran dicho jamás la mas mínima cosa.

Battista era aficionado al mar, y habria salido á recorrer el mundo y á reunir dinero para mí, pero era demasiado buen hijo para pensar en dejar á su pobre madre que no tenía mas apoyo que él. Por eso permaneció en el país y se hizo pescador, y era una bendición, señorita, el ver cómo manejaba su barquichuelo. Era el mas diestro de todos, y no habia nadie que no lo reconociera.

Pasaron años sin traer cambio ninguno, hasta que esta casa se puso en venta. Mi padre que la deseaba hacia tiempo, la compró, y entonces nos establecimos aquí. Mi padre, cuya salud se habia alterado, tenia la idea de que este aire menos vivo que el de Bordighera le haria mucho provecho.

Un día, me acuerdo como si fuera ayer, mi padre dijo á Battista:

— Como esta casa tiene que ser tuya cuando estés casado con Speranza, quiero que me ayudes á pagar lo que cuesta, pues yo he gastado todos mis ahorros en el pago del primer plazo, y aun quedan tres, uno cada año; el producto de la tierra y el de la posada no nos darán lo suficiente para cumplir y para ir viviendo; con que así, hijo mio, trabaja lo mas que puedas y reune dinero. La viuda Susana se vendrá á vivir con nosotros; de modo que ya no tienes que pensar en ella.

Battista se alegró muchísimo con lo que acababa de decirle mi padre, porque estaba seguro de casarse conmigo. Pasó á Niza, donde se ajustó á bordo de un buque mercante que salia para Génova, y luego fué á Liorna, á Marsella, á Certe y á otros muchos puntos; y cada vez que volvia á casa, lo que hizo tres veces en los dos primeros años que pasó en el mar, traía siempre alguna cosa para su madre y para mí, y un poco de dinero para mi padre, pero muy poco, porque sus ganancias eran limitadas.

Por fin, le dijo una vez mi padre:

— Si vamos así, necesitaremos diez años para pagar la casa. He tenido que tomar dinero prestado para el segundo plazo, y el tercero está para vencer ya; ¿qué haremos?

Battista respondió, que si no hubiera sido por la quinta que ata de piés y manos al hombre, él conocía un sitio donde estaba seguro de ganar dinero, y le nombró, es muy lejos, muy lejos; el maestro de escuela decia que está situado al otro lado de la tierra debajo de nuestros piés.

— Mi padre le hizo esta observacion:

— Tú no puedes entrar en quinta, pues te hallas en la misma posicion que un hijo único de viuda.

— Es verdad, dijo Battista. Sin embargo, parece ser que debo esperar el sorteo; al menos me han dicho que la ley lo exigia cuando fuí á Génova á sacar mis papeles.

— ¡Ah! exclamó mi padre; siempre abruman con la ley á los pobres. En fin, solo faltan tres meses; quizas saldrás libre.

— Dios quiera que sea así, dijo Battista.

Dios fué misericordioso con nosotros, pues cuando llegó la época del sorteo, Battista sacó un número muy alto y no debía alcanzarle la quinta. No estaba presente en el sorteo en Niza, pero eso no importaba, porque los señores del consejo suplen á los ausentes. En cuanto se supo la buena suerte que habia tenido en Bordighera, el alcalde le escribió á Génova, donde él estaba, para darle la buena noticia. Con esta carta, Battista alcanzó permiso para ir á todas partes, obtuvo los papeles que necesitaba, y se embarcó para aquel país que está tan lejos.

Desde aquel dia todo fueron desgracias para nosotros. La viuda Susana cayó enferma con calenturas, y á pesar de los cuidados del doctor Antonio, murió en el espacio de un mes. Yo tuve tal pena con esa pérdida inesperada, tanto sentimiento porque debia escribirsela á Battista como se lo habia prometido, y además esta-

ba tan cansada por haber pasado las noches velando á la viuda, que caí enferma tambien, estuve mes y medio en la cama, y sin el doctor Antonio, me hallaria ahora en la sepultura.

Principiaba á estar convaleciente, cuando una mañana el alcalde pasó por aquí y me dijo que el asunto de Battista no estaba tan claro como se habia creido en un principio, que era preciso que se presentara ante el consejo de revision, y que si no infringiria la ley.

Algunos dias despues pusieron un papel á la puerta de la alcaldia y otro á la de nuestra casa, último domicilio de la pobre Susana, notificando al pobre muchacho que compareciera á la mayor brevedad posible.

Esto era desatinado, pues el mismo alcalde anunció á Battista que no sería llamado. Y luego ¿cómo podia responder este á la notificacion cuando estaba viajando hacia tres meses, como á todos constaba?

— ¡Oh! No; continuó Speranza con una voz llena de indignacion; todo eso lo hicieron para tacharle de desobediente á la ley; ¿y quién podia tener interés en esto sino es el comandante de San Remo?

— ¿Quién es ese comandante? preguntó Lucy sorprendida.

— Habeis de saber, señorita, continuó Speranza, que el comandante de San Remo queria mal á Battista por este motivo. Una vez el comandante le pidió un buen pescado para una comida que debia dar al gobernador de Niza; Battista cogió un hermoso San Pietro y le llevó al palacio del comandante, esperando que le daria gracias y se le pagaria bien; pero no le dió mas que la mitad de lo que valia, y esto le enfureció despues del trabajo que se habia tomado. Así fué, que le dijo que preferia arrojarle al mar antes que darle por aquel dinero, y lo hizo, y la comida no valió nada por faltar el pescado. El comandante furioso juró que Battista se la pagaria.

Nosotros pensábamos como Battista, pero no pudimos menos de reñirle porque se habia enemistado con aquel hombre. Figuraos, señorita, un pobre pescador que pretende resistir al hombre mas importante de la provincia, que por añadidura es militar, es decir, acostumbrado á obrar á su antojo haciendo temblar el mundo. Nadie dudaba que el comandante cumpliria su juramento, y le ha cumplido.

Pasaba el tiempo y carecíamos de noticias de Battista. Lo que ganábamos con la posada era muy poco. Mi padre se ponía cada vez peor, gemía sin cesar, se quejaba de no saber nada de Battista, le atormentaban sus deudas, se incomodaba por la mas mínima cosa, tanto, que los parroquianos se cansaron de él y se nos fueron todos. Lo poco que ganábamos se consumía en comprar carne y vino para el pobre hombre que estaba enfermo de un pájaro en el estómago.

— ¿De qué? exclamó Lucy.

— De un pájaro que se comía todo lo que tragaba el enfermo; preguntad al doctor Antonio y él os explicará lo que yo quiero decir. Estábamos tan miserables, que á menudo tenia yo que ir dos veces por dia al monte, y ganaba lo justo para comprarle á mi padre carne y vino.

Sin el doctor Antonio que nos ha ayudado de muchas maneras y que ha sido para nosotros un ángel guardian, no sé cuál habria sido nuestra suerte. Por último, al cabo de seis meses de esa existencia, llegó una carta de Battista, carta muy triste, pues cuando la escribió el pobre sabia ya la muerte de su madre; pero para nosotros fué como un mensaje celeste que nos decia que tuviésemos valor.

Esta carta fué la primera que recibimos, aunque él nos habia escrito otras anteriores. Nos decia que estaba bien, que habia reunido ya una buena cantidad de dinero, y que estaba seguro de doblarla en seis meses; que volveria y que todos seríamos dichosos.

Lloramos de júbilo al leer esto. Mi padre que estaba en cama muy malo, cruzó las manos diciendo:

— Ahora, Dios mio, llevadme, si esa es vuestra voluntad; estoy pronto, pues mi hija no quedará abandonada.

Una semana despues (continuó Speranza enjugándose los ojos) enterramos á mi pobre padre. ¡Ah! señorita, contábamos los dias como un condenado á muerte cuenta las horas que le quedan de vida.

Pasaron seis meses, siete, ocho, nueve, diez y Battista no se presentaba. — Era una noche de borrasca de marzo último; mi madre y yo estábamos sentadas muy tristes en la oscuridad para ahorrar aceite; el viento silbaba, las olas rugían como fieras, y yo pensaba en los pobres marinos que estaban en la mar, cuando de repente oigo pasos en el jardín, mi corazón late fuertemente, corro medio loca á la puerta... ¡era él!... ¡Habia reconocido sus pisadas y estaba en sus brazos!

¡Oh! ¡Bendito instante! todas mis penas estaban olvidadas! todas mis miserias pasadas desvanecidas hasta en su recuerdo, porque él estaba conmigo, en mis brazos... ¡Oh! ¡Porqué Dios me dejó entrever el cielo para hacerme sentir la pérdida mas cruelmente?... ¡Mi madre y yo estábamos locas de alegría!...

¡Ay! ¡Qué corto fué aquel momento! En cuanto encendimos la luz vimos un mundo de dolor en las facciones del pobre Battista. Estaba extenuado, pálido, con los ojos hundidos, las megillas cavernosas, y llevaba el brazo derecho colgando de un pañuelo.

— ¿Qué hay? le pregunté temblando.

— Hemos hecho naufragio, me respondió; todos ahogados mis pobres compañeros, excepto otro y yo; y cuanto yo poseía en la tierra, ¡perdido!...

Y al pronunciar estas palabras se deshizo en llanto.

Yo creí que mi corazón se desgarraba. Desató el pañuelo que llevaba, y le vi la mano chorreando sangre. Mi madre fué á buscar al doctor Antonio y le trajó consigo.

En cuanto oí la voz del doctor me sentí aliviada, pues pensaba que él nos socorreria en tan duro trance. Cuando se tiene un gran pesar, la voz de un amigo es bien dulce para el corazón (añadió la infeliz haciendo esfuerzos para contener sus lágrimas).

El doctor Antonio vendó la herida y comenzó á consolarlos diciéndonos que debíamos estar agradecidos al bien que nos quedaba.

— ¿Qué habria sido, exclamó, si Battista hubiese perecido con los demás?

Nos dijo que el dinero no era la felicidad, que Battista y yo éramos jóvenes, y que ya que habia perdido su dinero, debíamos trabajar con mas ardor y dar gracias á Dios porque nos habia conservado el uno para el otro.

Al oír estas buenas palabras me animé; el doctor se sentó en medio de nosotros, y entonces Battista nos contó el naufragio.

El buque se habia estrellado sobre la costa de Córcega, ¡casi á nuestra vista!... y se habia ido á pique al instante; él y uno de sus compañeros habian sido recogidos por un buque francés que iba á Marsella, y de Marsella hizo el camino á pié hasta Bordighera.

Mucho tiempo permanecimos sentados hablando de lo pasado, de mi pobre padre, de la infeliz Susana, y haciendo proyectos para lo sucesivo; en fin, cuando nos separamos, casi puedo decir que estábamos contentos. ¿No vivíamos el uno para el otro? Como eran ya las doce y Battista no habia podido hallar un asilo á tales horas, el doctor se le llevó á su casa por aquella noche.

Á la otra mañana estaba bien segura de que Battista vendria muy temprano. Así me sorprendí en extremo cuando á las ocho no habia llegado todavía.

Sin embargo, estaba muy lejos de sospechar nada malo, hasta que distinguí al doctor Antonio que llegaba solo. En su rostro conocí al punto que me traía malas noticias.

El doctor me dijo al entrar que Battista habia sido llamado á San Remo para el asunto de la quinta, y que me preparase yo á ir con él y con mi madre á San Remo. Nos dijo que hablaria al comandante y trataria de arreglarlo todo.

El doctor no nos declaró entonces lo que supimos despues, que fueron enviados de San Remo dos carabineros para prender á Battista; que le habian cogido en la calle, que le habian atado las manos, que le habian paseado por la poblacion como si hubiese sido un ladrón ó un asesino, y que se le llevaron en una barca diciendo que cumplían con la ley.

— No creo que haya mucha justicia en tales leyes, dijo Speranza amargamente.

El doctor, mi madre y yo fuimos lo mas pronto que pudimos á San Remo, dirigiéndonos en derechura á la cárcel; pero como no teníamos permiso, nos negaron la entrada.

Entonces nos presentamos en casa del comandante, y allí nos dijeron que estaba ocupado y que no podia recibir á nadie.

El doctor Antonio insistió y fué introducido; pero no consiguió nada, ni siquiera un permiso para ver á Battista.

Despues de haber estado preso una semana en San Remo ¡Dios sabe porqué! le trasladaron á Génova escoltado por carabineros, y le metieron en el arsenal, de donde no le dejaron salir.

El doctor Antonio escribió en su favor á todos sus amigos de Génova y aun al cónsul inglés. El cura nos dió una carta diciendo que Battista debia ser considerado como si no tuviera padre, pues su padre le abandonó cuando aun no habia cumplido dos años; pero nada sirvió.

— ¿Y qué diferencia habria habido si en realidad hubiese muerto su padre? preguntó Lucy.

— No habria entrado en quinta; el hijo único de una viuda se halla exento del servicio militar. La ley se compece de aquel cuyo padre ha fallecido; ¿porqué no ha de ser lo mismo con aquel cuyo padre es como si no existiera? Pero dejemos esto; la ley siempre es inflexible para los pobres. Battista, como ya sabeis, ha sido condenado y... (Speranza hizo un violento esfuerzo para contener su emocion, y luego continuó lentamente): En fin, cúmplase la voluntad de Dios; yo lo sufriré todo sin quejarme; no todos hemos nacido para ser dichosos. Quiero ofrecer todas mis esperanzas de este mundo en sacrificio á la Virgen, la santísima Madre de los Dolores. Si está decidido que yo no deba ser nunca... la mujer de Battista, puedo renunciar á él; pero no puedo, no (y la pobre jóven estalló en sollozos); no puedo soportar la idea de que se abandone al mal; no puedo consentir en que habiendo sido un modelo de bondad, se ponga ahora á marchar contra los mandamientos de Dios, y que estemos separados tambien en la otra vida. Esto es lo que me desgarró el corazón, lo que me vuelve loca... ¡Oh! no, no; ¡Dios no lo permitirá!

Era la primera vez que Lucy se hallaba en contacto con un dolor de corazón; era la primera vez que la necesidad, la miseria, la angustia, abstracciones vagas hasta entonces, se alzaban delante de ella en toda su espantosa realidad.

Inútil será indicar los tesoros de simpatía que esa triste relacion despertó en el alma tan buena y tan cándida de Lucy, y las palabras afectuosas, las caricias

y las ardientes promesas de socorro que la sensible joven prodigó á la pobre italiana.  
 — ¡Quizá conoceis al rey! dijo la joven clavando en Lucy sus grandes ojos negros radiantes de esperanza.  
 — No, dijo Lucy; ¿porqué?  
 — Porque si hubiérais podido decirle la historia de Battista, estoy segura que se habria compadecido de nosotros. ¡Oh! ¡Si pudiera saberla el rey!... El rey tan grande en su trono, ¿cómo habia de querer que unos pobres como nosotros fuesen tan desgraciados?  
 — Si no podemos hablar al rey, dijo Lucy, podemos escribirle; quiero decir, podemos enviarle un memorial en favor de Battista.  
 — Eso no serviria de nada, respondió la italiana con desaliento; las peticiones de los pobres no llegan nunca á manos del rey; los malos consejeros lo impiden.  
 — Pero quizá, insistió Lucy, hallaremos alguien que nos prometa entregar la peticion al rey en persona.  
 Speranza se encogió de hombros. Era evidente que tenia muy mala opinión sobre las peticiones.  
 — Algun medio hallaremos, exclamó Lucy; preguntaré al doctor Antonio lo que hay que hacer.  
 Las dos jóvenes convinieron en esto. Speranza tenia mas confianza en el doctor Antonio que en la peticion. Lucy pensó mucho tiempo en la historia de Speranza, y deseaba ardientemente que llegara el otro día para preguntar al doctor cuál era el mejor camino que se podía tomar en aquel asunto.  
 Después reflexionó en el papel que el doctor Antonio habia desempeñado en aquel pequeño drama, y confesaremos que no encontraba ni falsa ni exagerada la expresion entusiasta de ángel guardian que la joven italiana le habia dado.  
 Aquel hombre parecia haber nacido para el bien. ¿Lucy no habia oido decir y no sabia por experiencia propia que por todas partes en donde habia males que curar, lágrimas que enjugar, se encontraba siempre el doctor Antonio?  
 Una luz acababa de penetrar en su espíritu; comenzaba á comprender porqué un hombre superior como Antonio podia contentarse con su parte actual; mas aun, se sentia dispuesta á concebir una idea muy distinta de aquella humilde esfera en que el destino habia colocado al joven médico, esfera llena de miseria, de opresion y de injusticia, hecha por consiguiente para evocar toda la energía, todo el ardor caballeresco de aquella naturaleza privilegiada.  
 Lucy se perdió muy luego en un laberinto de reflexiones y de pensamientos por donde no la seguiremos, pero que la interesaban infinitamente más que Manzoni ó la guitarra, y que la hicieron pasar las horas sin sentirlo.  
 Sir John tambien cuando entró por la tarde parecia estar muy alegre, cosa que Lucy atribuyó en gran parte al paso que habia dado el doctor aquella mañana; pero como sir John hacia grandes elogios del antiguo cocinero del obispo de Albenga, nos inclinamos á creer que los manjares que le habian sacado á la mesa tenian mas parte que el doctor Antonio en el optimismo del baron.

IX.

LOS PROYECTOS DE LUCY.

A la otra mañana al despertarse Lucy encontró que el cielo y la mar habian recobrado su fisonomía ordinaria, y el canto de los pájaros la pareció de una dulzura maravillosa.  
 Apenas acababa de almorzar, oyó unos pasos fuertes y precipitados. A ese ruido bien conocido de ella, Lucy se preguntó porqué experimentaba ella aquella emocion que Speranza la dijo haber sentido al reconocer en el jardin los pasos de Battista.  
 Algunos instantes despues el doctor Antonio entraba con la sonrisa en los labios como de costumbre, afable y respirando bondad por todos sus poros. Venia cubierto de polvo, y este polvo no la parecia mal á Lucy, pues atestiguaba su impaciencia por verla.  
 — Hé aquí la perla de las enfermas, dijo al entrar; y que debe haber dormido bien, se lo conozco en la cara. ¡Ved como ya he trabajado para vos!  
 Y al decir esto cubrió su lecho con un monton de plantas aromáticas.  
 — Direis á Hutschin que os haga acericos con estas plantas; no hay nada en las perfumerías que pueda rivalizar con esto.  
 — Gracias, gracias, dijo Lucy; ¡qué olor tan hermoso! Estas flores me recuerdan los campos y las verdes colinas.  
 — Si haceis lo que os aconsejo, dijo Antonio, os servirán un dia cuando esteis lejos de aquí, para recordar nuestra pobre Riviera.  
 — No me hableis de marcharme de aquí, doctor Antonio; esta casa ha concluido por gustarme, y voy á pedir á mi padre que la compre y la trasforme en un bonito edificio; ¿sentiriais que fuéramos vecinos?  
 Y al decir esto asomó á sus labios una sonrisa á la cual Antonio respondió con una mirada seria, casi melancólica.  
 — Ahora, doctor Antonio, sentaos cerca de mí, y no conteis con que os soltaré antes de dos horas, lo menos; tengo muchas cosas que deciros y muchas que preguntaros.  
 Antonio obedeció, y Lucy dijo entonces con un aircillo importante:

— Speranza me ha hablado de ella y de Battista.  
 — Lo sé y me alegro. La habeis animado y parece estar un poco consolada. He leído la carta del pobre Battista.  
 — Es preciso socorrerle, dijo Lucy, y quiero que me digais lo que hay que hacer. ¿Será verdad todo lo que Speranza me ha contado?... ¿Battista es un buen muchacho?  
 — Sí, dijo Antonio, todo es verdad; Battista es muy bueno, tanto que á veces extrañaba yo como una muchacha tan viva y tan inteligente como Speranza habia podido concebir por él un amor tan violento. Pero es una locura que tales cosas sorprendan.  
 El doctor hizo una pausa y continuó:  
 — Lo cierto es que en todo Bordighera no hay mas que una voz para elogiarle, y ya sabeis que el elogio del prójimo no es la virtud dominante en los pueblos pequeños. En cuanto á la exactitud de las noticias de Speranza, yo responderia menos; no porque la acuse de haber querido engañaros voluntariamente, es incapaz de semejante cosa; pero ella, su madre y Battista, y aun los nueve décimos de los habitantes de Bordighera tienen sobre este asunto ciertas ideas falsas que en vano tratariamos de arrancar de sus cabezas. Speranza naturalmente os ha trasmitido sus ideas erróneas. Primero es para todos ellos artículo de fe que habiendo sido abandonada la madre de Battista por su marido, debe ser considerada como viuda (no la llamaron nunca sino la viuda Susana), y su hijo como hijo de viuda. Ahora bien, eso hasta cierto punto puede estar en el espíritu, pero no en la letra de la ley. Despues se figuran todos que la carta del alcalde de Bordighera, anunciando á Battista que no formaria parte del contingente, constituye en favor del mozo un titulo oficial, en cuya virtud este debe quedar en todo caso exento del servicio. En esto tambien se engañan. La carta del alcalde no es mas que la expresion de un acto individual hijo del buen deseo, sin valor legal ninguno. La verdadera posicion de Battista es esta: Ha sacado ó han sacado por él un número bastante alto, segun se creyó en un principio, para dispensarle de formar parte del contingente; pero que despues no se halló en las mismas condiciones.  
 Lucy no comprendia.  
 — Figuraos, repuso Antonio, que la provincia á que pertenece Bordighera debe suministrar diez mozos á la marina. El que saca el número veinte puede considerarse como libre, y segun las probabilidades queda libre en efecto. Sin embargo, suele suceder que entre aquellos que han sacado los números inferiores (del 1 á 10, verbigracia), y que por consiguiente deberian servir de derecho, uno ó dos no tienen la talla, otros dos están en el extranjero y no se presentan, otros se encuentran en la categoría de las exenciones que reconoce la ley, etc. ¿Cuál es la consecuencia natural? Porque el gobierno necesita diez hombres y los saca de un modo ó otro. — La consecuencia natural es que los quintos que tienen números altos reemplazan á los que no sirven ó á los que faltan. En este caso se encuentra el pobre Battista, y aunque nadie dudara en un principio que su número le libertaba del servicio, sucedió sin embargo que á causa del número extraordinario de las exenciones de aquella quinta, todos se engañaron, incluso el alcalde.  
 — Ahora comprendo, dijo Lucy, y á juzgar por lo que acabais de decir, supongo que la acusacion de Speranza contra el comandante de San Remo no tiene fundamento alguno.  
 — Así lo creo yo tambien, respondió Antonio. Que en las quintas como en otras cosas nuestros comandantes se muestren parciales é injustos, es un hecho notorio que no admite duda; los comandantes están siempre dispuestos á abusar de su poder; pero en el caso particular de que hablamos, nada que yo sepa, puede autorizarme á decir que el comandante de San Remo haya puesto á Battista en la penosa situacion en que se halla. Seamos justos hasta con nuestros adversarios.  
 — ¿Es enemigo vuestro el comandante? preguntó Lucy un tanto alarmada.  
 — No por cierto. Tengo mis motivos para dudar de la sinceridad de su amistad, pero en apariencia nos hallamos en los mejores términos. Ya os diré algun dia á qué debo esas demostraciones de buena voluntad. Al llamarle mi adversario hablo bajo el punto de vista político. Naturalmente es partidario decidido del despotismo; arroja espuma por la boca cuando habla de los liberales, y si pudiera á todos los ahorcaria.  
 — ¡Qué monstruo! exclamó Lucy.  
 — Pero aunque le absuelvo, continuó Antonio, de la queja de conspiracion contra Battista, no puedo menos de manifestar mi indignacion por la dureza y la barbarie con que hizo ejecutar la ley, una ley que ya pesa bastante sobre el pobre sin que sea necesario agravar su rigor. ¿Qué razon podia tener para guardar al pobre muchacho durante una semana entera en la cárcel de San Remo, negándole hasta el consuelo de ver á las dos infelices mujeres, y para mandarle despues á Génova con una escolta de carabineros, á menos que no fuese para satisfacer una antigua venganza?  
 — ¡Qué crueldad! exclamó Lucy con los ojos chispeantes de indignacion. Si se denunciara esa conducta en una peticion de los habitantes dirigida al gobierno, ese comandante seria destituido.  
 — Olvidais que estamos en Italia, dijo Antonio con una sonrisa llena de tristeza. Esas acciones son públicas. Los comandantes obran segun las intenciones del gobierno, y así son sostenidos y apoyados por él en todas ocasiones. ¿Sabeis cuál seria el resultado de una

peticion como esa que decis? Seria enviada al comandante, y ¡ay de los pobres que la habian firmado!  
 — ¿Y qué podría hacerles?  
 — Todo cuanto quisiera. Aquí estamos todos á su discrecion. Puede llamar al que se le antoja, llenarle de injurias, enviarle á la cárcel ó á una fortaleza sin forma legal de ninguna especie; puede mandar cerrar la tienda de un mercader, recoger á otro su licencia; con escribir dos líneas puede expulsarme á mí del reino; en fin, puede poner un sombrero en la punta de un palo, y como otro Gessler obligar á todo el que pasa á inclinarse delante de ese símbolo de su autoridad. Si no hace nada de todo eso, no es porque le falte poder, sino porque no quiere hacerlo.  
 — Pero ese estado de cosas es intolerable, dijo Lucy.  
 — Intolerable, con efecto, al menos para los que piensan. Los que no piensan, la mayoría aquí como en todas partes, esos no lo notan tanto. La oscuridad del mayor número les pone hasta cierto punto al abrigo de los vejámenes, y la vida material *res augusta domi*, con su acompañamiento de cuidados, ocupa demasiado á la gente para que piense en otra cosa que en los negocios; además, los curas afirman que todo está bien así... pero hénos ya bien lejos del pobre Battista.  
 — Es verdad, dijo Lucy sonriendo, le hemos olvidado. Ahora lo que quiero que me digais es cómo puedo auxiliarle.  
 — ¡Ay! exclamó Antonio, no veo mas que un medio.  
 — ¿Y cuál es?  
 — Comprarle un sustituto.  
 — ¿Pagar á uno para que sirva en vez de Battista?  
 — Justamente, pero no hay que pensar en eso.  
 — ¿Y porqué? ¿costaria muy caro? Yo lo haré si puedo, dijo la noble y generosa joven... ¿Qué he dicho para que abrais así los ojos?..  
 — Confieso que vuestra generosidad...  
 — Basta, doctor Antonio; ¿no hemos dicho á menudo que el rico debe socorrer al pobre?  
 — Sin duda, repuso Antonio recuperando su sangre fria. A Dios gracias, hay seres en el mundo que no están contentos si no hacen bien al prójimo.  
 — Eso he pensado yo de vos muchas veces y con fundamento, dijo Lucy con una alegría que contrastaba con las lágrimas que rebotaban sus ojos, y no teneis derecho para decir lo contrario. ¿Creéis que sea difícil encontrar el sustituto?  
 — Creo que no; he oido hablar hace poco de un marino de Spedaletti, aldea que está cerca de aquí, que ha cumplido su tiempo y que deseaba, segun dicen, volver al servicio.  
 — ¿Cuánto pediria por reemplazar á Battista?  
 — Sesenta ó setenta libras esterlinas.  
 — No me parece mucho; ignoro si tengo esa cantidad en el bolsillo, pero puedo tenerla.  
 Miss Davenne pidió á Hutschin su bolsillo que contenia la mitad de la suma.  
 — Pediré lo restante á mi padre, dijo la joven, y mañana podeis disponer de esa cantidad; ¿quereis ocuparos de este asunto inmediatamente á fin de no perder un dia mas?  
 — Con mucho gusto, respondió Antonio. Lo primero que haré será ver al hombre de quien me han hablado. Si en realidad desea volver al servicio, le enviaremos en seguida á Génova con dinero para sus gastos de viaje. Lo demás de la suma en que se ajuste, podrá depositarse en manos del cónsul de Inglaterra en Génova, para que le sea entregado cuando esté admitido como sustituto de Battista. Siempre habrá algunas dilaciones por las formalidades que es preciso llenar. Pero no digamos una palabra á Speranza, por si acaso saliera mal nuestro proyecto.  
 — ¿Pensáis que pueda salir mal? preguntó Lucy consternada.  
 — ¿Quién sabe? dijo Antonio; si el comandante lo supiera y se empeñara en poner obstáculos, nos venceria infaliblemente. Así pues, debemos obrar con cautela.  
 Las palabras « nuestro proyecto, » ó « debemos hacer esto ó aquello » resonaban agradablemente en los oidos de Lucy; ¿Qué felicidad tener un interés en comun con el doctor Antonio!  
 — Cuando llegue el caso yo diré á Battista y al sustituto el peligro que habria en divulgar el asunto; entre tanto, escribiré hoy mismo dos palabras de consuelo al pobre Battista.  
 — Gracias, dijo Lucy, y viendo que el doctor se levantaba, añadió: no he concluido aun; decidme, ¿qué pais es ese tan lejano adonde fué Battista?  
 — Sydney.  
 — ¿Y de qué enfermedad murió el padre de Speranza?  
 (Se continuará.)

El imperio de Marruecos.

(Artículo primero.)

CONSIDERACIONES SOBRE LA GUERRA ACTUAL. — TETUAN. — TÁNGER. — LAS JUDIAS Y LAS MORAS.

Independientemente de los dibujos de actualidad que hemos publicado hasta aquí, y seguiremos publicando acerca de la guerra que la España sostiene hoy tan gloriosamente contra el imperio marroquí, vamos á reunir en una série de artículos que nos parecen de mucha oportunidad en el dia, algunas vistas de las ciudades principales de Marruecos con dibujos de uniformes,

trajes y curiosidades del país que nos parezcan dignos de ser presentados á nuestros lectores. No habíamos olvidado por cierto este imperio semi-bárbaro en nuestra voluminosa colección; nuestros suscritores que gusten echar una ojeada al primer tomo, hallarán en el número 49 un primer artículo ilustrado sobre Marruecos, en el cual entramos entonces en consideraciones que han veido á justificar los sucesos del día. ¿Porqué, decíamos en ese artículo, mientras todas las naciones tienden á ensanchar sus territorios, la España, insultada continuamente por la morisma, no ha empezado ya á dilatar sus dominios en las costas musulmanas del Mediterráneo? — Hoy se vengan esos insultos; hoy la España alza su enseña sagrada en las costas del Africa, implacables testigos tantas veces de inútiles esfuerzos, y que han embestado tantas y tan caras vidas de nuestros grandes héroes.

Hemos llevado á la tierra africana nuestro pensamiento, y allí ondea ese pabellón español que han visto asombrados tantos pueblos, que ha cobijado la cuna de un

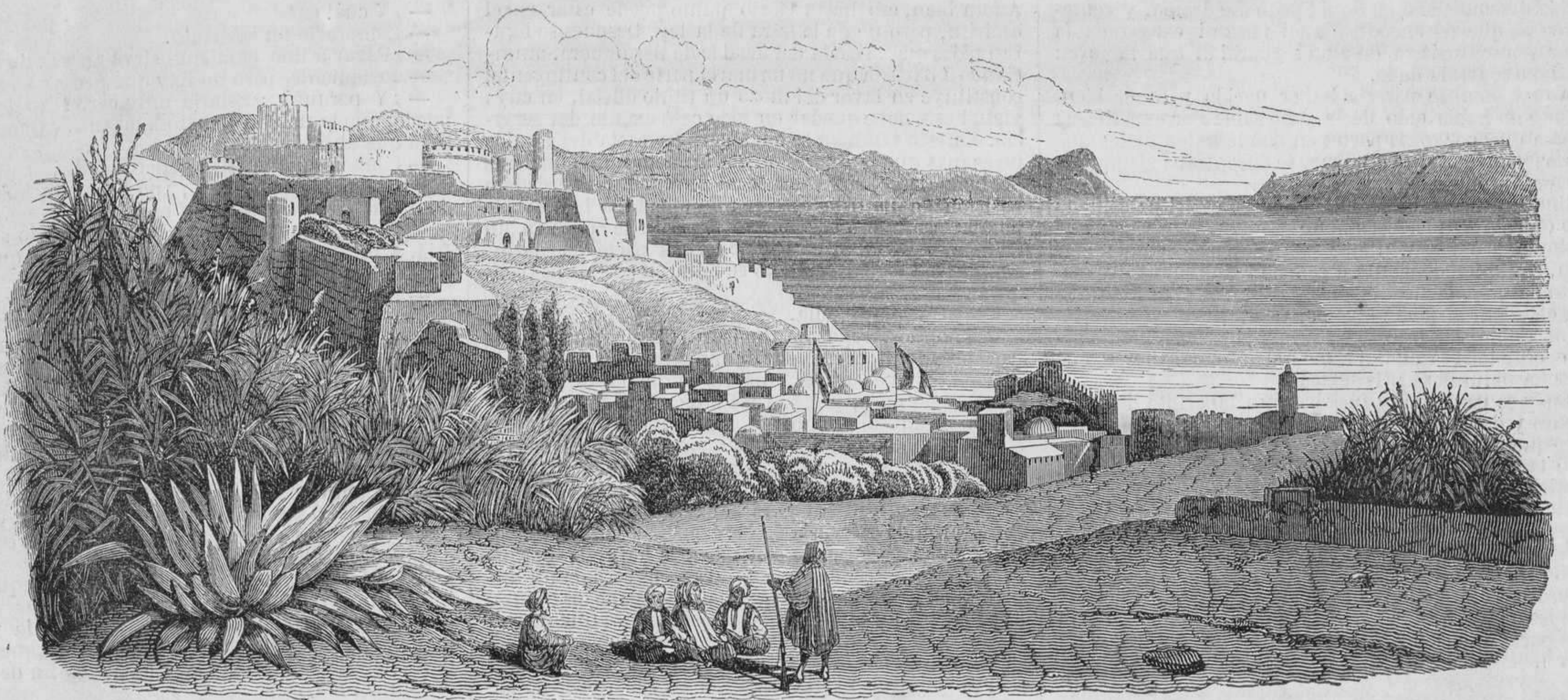


LOS MUROS DE TANGER.

nuevo mundo, y que hoy rasga el sudario de un mundo envejecido y antiguo.

El pueblo español no ha interrumpido la obra de las generaciones pasadas, no ha cesado en el gran trabajo de su historia. Hoy los tiempos son testigos de que aquel pueblo guerrero que interpuso su pecho entre la media luna y la civilización cristiana; que detuvo las irrupciones de los almohades; que hizo retroceder á los almoravides como el cazador hace volver el tigre herido á su madriguera; que cerró las puertas de Europa á los benimerinos; que sepultó en Lepanto las amenazadoras naves turcas, que hubieran hecho del Mediterráneo un lago corrompido y envenenado por el fatalismo; este guerrero sin par, que cuenta tantas glorias, continúa sus grandes sacrificios, ofreciendo la vida de sus hijos en holocausto á la civilización universal.

La toma de Tetuan ha coronado dignamente la serie de triunfos que han alcanzado en el territorio marroquí las armas españolas. Tetuan es una población que cuenta mas de setenta mil almas, rica, in-



VISTA DE TANGER TOMADA DEL CAMPO DE LOS SACRIFICIOS DESDE DONDE SE DISTINGUEN LAS COSTAS DE EUROPA.

dustriosa y susceptible de grande desarrollo. Se halla colocada en el centro de un vasto y pintoresco anfiteatro, formado por alzadas y fértiles montañas, á cuyos piés ostenta una rica y deliciosa vega, los mil variados frutos con que la regalan Ceres, Flora y Pomona.

Las apiñadas y bien cultivadas huertas que rodean la plaza, producen casi todos los frutos de nuestra España, especialmente los que crecen en las zonas del Mediodía y Oriente, y una abundancia de moreras blancas, granados, duraznos, cidros, naranjos, limoneros, bergamotas y palmeras. Frente al cerro de la Alcazaba, levanta sus cortados picos, que cubren las nieves gran parte del año, una imponente sierra, Djebel-musa ó monte de las monjas, cuyas faldas ofrecen una vegetación vírgen y nutrida; á sus piés murmuran los rios Enfanfnes y Sansa, cuyas aguas llevan torrentes de savia á todo el terreno que cruzan, hasta unirse en la ría.

El aspecto de la ciudad es eminentemente morisco. Dividida esta en dos partes ó distritos principales, el de la morería y el de la judería, solo en este se encuentran las dos únicas hospederías que existen, y en él habitan los vice-cónsules extranjeros. Las mas notables industrias se hallan distribuidas por barrios; así es, que se conocen, entre otros, el barrio de cerrañerías, el de tintoreros, la alcaicería, etc. El Zoco es una gran plaza capaz de encerrar diez ó doce mil hombres. Entre los pocos edificios notables que hay en la población, se cuenta el palacio de Side-el-Jach-Ben-eh-



TRAJES MOROS, dibujo de M. E. Delacroix.

Jach, Mohamed-el-Jatib, ministro del emperador, y el de un tal Archine, administrador de aduanas y moro muy ilustrado y atento.

Solamente la judería, que es un cuartel de la ciudad con puertas que se cierran de noche, tenía el año pasado doce mil setecientos y tantos hebreos, y estos son la sexta parte de la población. Con los judíos viven los europeos también, no albergándose entre los moros mas que las personas de distinción, como los encargados de negocios de las naciones en relación con el imperio, en la temporada en que el ministro del sultan, que con los dichos encargados trata, abandona á Tánger para gozar en Tetuan las delicias de la primavera y del verano.

No es fácil comprender á primera vista la grande y trascendental importancia de la ocupación de Tetuan. Esta plaza, por su situación, está llamada á ser la principal aduana para la mayor parte del comercio interior y exterior de Africa; pero prescindiendo de lo que podrá ser en lo sucesivo, á la sombra de una administración conveniente, es necesario considerar lo que es hoy. Por de pronto, debe tenerse á la vista que constituyendo una de sus principales industrias la fabricación de armas, servía á los marroquíes como uno de sus mas abundantes arsenales, en el que se proveían de espingardas, gomas y cuchillos del Riff. Hoy ya han perdido este recurso. La influencia moral que ha de ejercer su pérdida en todo el imperio, después de los repetidos descalabros que han sufrido

sus armas al decidido empuje de las nuestras, no es fácil de calcularse.

Por otro lado, la situación de Tetuan nos proporciona con su posición las llaves de uno de los principales accesos al corazón de Marruecos. Puede servirnos de punto de apoyo para cuantas operaciones posteriores nos sean necesarias, ya en la continuación de la actual campaña, ya para contener en lo sucesivo los intentos rebeldes de los que no han sabido defender la integridad de su territorio, ni la seguridad del nuestro.

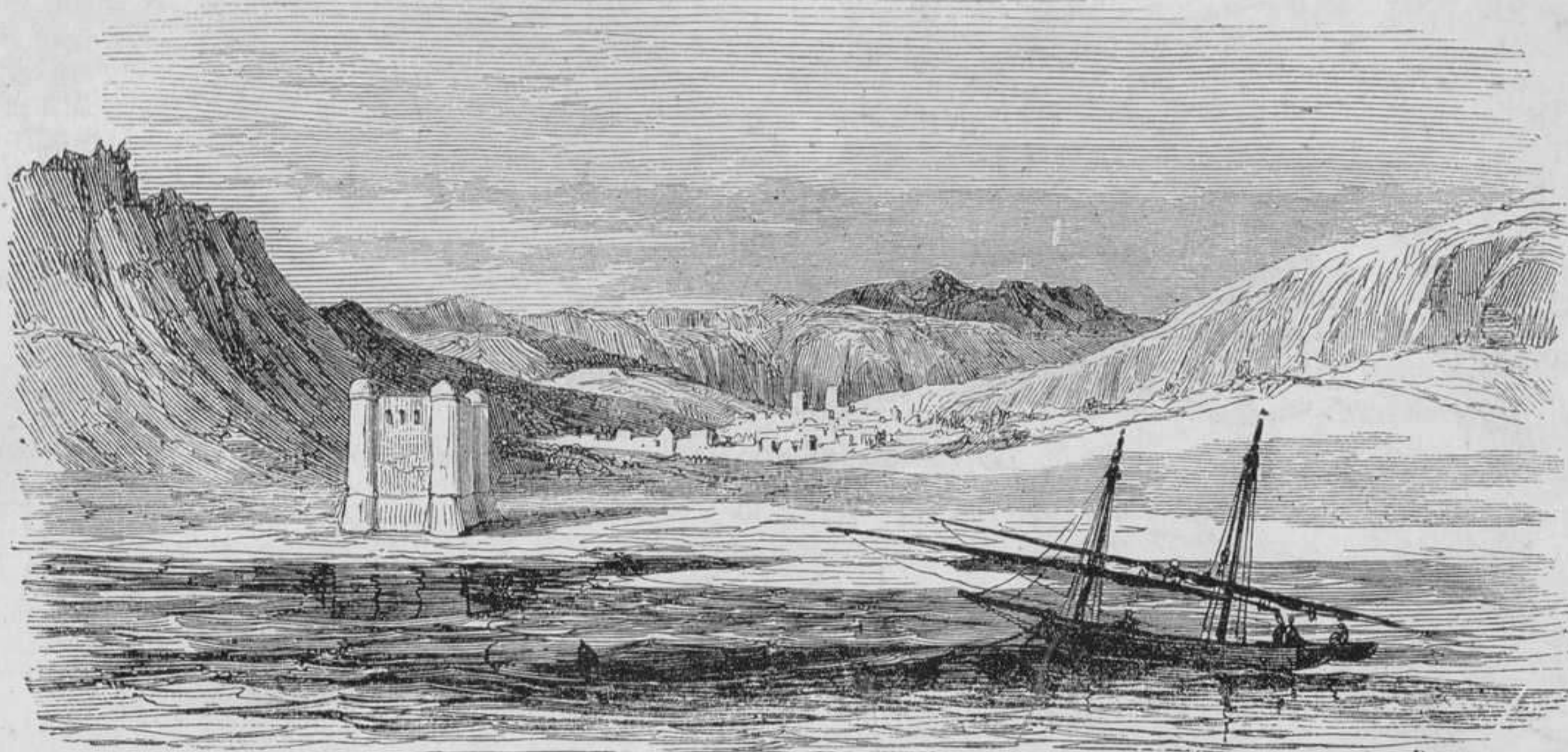
Los productos del distrito de Tetuan son de bastante consideración, distinguiéndose entre todos, la abundancia de maderas, especialmente el alerce africano, de tan notable precio. Sus fábricas de tejidos, su fértil vega, y hasta el hecho de residir en dicha población tal vez la parte más culta y tolerante de aquel estado, contribuye á aumentar el mérito y valor de su conquista.

Tánger, adonde se cree se dirigirán ahora los esfuerzos del ejército español, se encuentra á 36 leguas N. N. O. de Fez y á 9 2/3 O. S. O. de Ceuta situada en el estrecho de Gibraltar al S. E. del cabo Spartel. Por la parte del mar presenta esta ciudad un aspecto bastante singular y ofrece un hermoso conjunto por su situación á manera de anfiteatro, la blancura de las casas, la regularidad de las de los cónsules, los muros que la circuyen, la Alcazaba ó castillo levantado sobre una altura, y por la bahía que es bastante grande, y está rodeada de colinas; pero desde que se penetra en lo interior de la ciudad cesa el prestigio, pues se ven en ella todas las señales que caracterizan la más asquerosa miseria. Excepto la calle principal que es un poco ancha y que cruza irregularmente la ciudad de E. á O., todas las demás son tan estrechas y tortuosas, que apenas caben tres personas de frente, y las casas son tan bajas que el techo de la mayor parte de ellas puede alcanzarse con la mano. Los muros que circuyen la ciudad se encuentran en estado enteramente ruinoso, están flanqueados de torres redondas y cuadradas, y por la parte de tierra reina alrededor un foso igualmente ruinoso que está plantado de árboles y orillado de huertas.

A la derecha de la puerta hay dos baterías, la una baja montada con quince piezas de artillería, y la otra más alta con once. Por la parte de tierra esta ciudad no presenta otra defensa más que el muro y foso arruinado pero sin baterías, y por la parte del N. el circuito de la ciudad se junta con el nuevo del antiguo castillo ó Alcazaba, situada sobre una altura en donde se encuentra un arrabal y una mezquita. A pesar de la excelente situación del puerto de esta ciudad, su comercio

se encuentra reducido á una corta exportación de víveres, á un poco de contrabando y á algunas relaciones decadentes con Tetuan y Fez, en donde se hacen algunos pequeños envíos de objetos europeos. La población de Tánger se calcula en 10,000 individuos, la mayor parte soldados, y el resto tenderos, artistas muy groseros, y pocos judíos, ni personas acomodadas.

mente en extremo hermosa, muy sencillas y amables. Las casadas van vestidas del mismo modo, con la diferencia que no se las puede ver el pelo y lo llevan tapado con una toca encarnada como si fuese una faja, que viene á prenderse por la espalda á la otra faja de la cintura formando un gran lazo, y así se distinguen de las solteras por su precepto hebreo. No pueden vivir más que en las grandes poblaciones, y aun en estas tienen que habitar en barrios separados de los moros. Estos las tienen tan oprimidas, que las obligan á quitarse las chinelas (que no pueden ser más que de color negro para distinguirlas de las moras que las llevan amarillas ó encarnadas) siempre que pasan por delante de la casa del bajá, alcaide, cadí, santo, iglesia, ermita, últimamente, hasta para pasar por delante del campo santo de los moros, y aun en muchos pueblos no les permiten usarlas y van descalzas por todas partes. Lo mismo sucede con los judíos; ni los permiten usar mas traje que el que visten todos los hebreos, y ha de ser con condición que el bonete ó gorro sea negro, y que no puedan cubrirse la cabeza con la capucha para que siempre sean conocidos de los moros.



VISTA DE TETUAN.

Esta ciudad no ocupa el mismo solar que la antigua Tingis, pues esta estaba edificada en un terreno más bajo á la derecha.

Cerca de una fuente de la ciudad, se ven dos columnas de piedra blanca con la siguiente inscripción fenicia: *Somos los expulsados de nuestro país por Josué el ladrón, hijo de Navé.* Tal es el origen de los moros, según Procopo.

Sertorio, que hizo durante mucho tiempo la guerra á los romanos en España, pasó á Africa con el resto de sus tropas, y se hizo dueño de la Mauritania por la toma de Tingis. Según Plutarco, Sertorio encontró en ella el cuerpo de Anteo, que tenía seis codos de alto, y después de un sacrificio que hizo en su honor, lo mandó cubrir, y cerró el sepulcro.

Según opinión general, esta ciudad fué construida por los cartagineses; pasó sucesivamente á poder de los romanos, de los godos y de los árabes á quienes la entregó el conde don Julian en rehenes de su fe. Los portugueses se apoderaron de ella en 1471, y la cedieron á los ingleses en 1662 para que sirviese de dote á la princesa Catalina; pero los ingleses que encontraban ruinoso é inútil la conservación de esta plaza, la abandonaron al cabo de veinte y dos años que la poseían, después de haber volado el muelle que habían construido y dado seguridad á los buques de mayor porte, de modo que en el día las ruinas de esta importante obra hacen difícil y aun peligrosa la aproximación al puerto. Desde que esta cayó en poder de los moros, perdió toda la consideración que pudieron haberle dado sus antiguos poseedores, y su territorio poco fértil, ninguna producción ofrece al comercio.

Damos un bonito dibujo de trajes moriscos hecho por el célebre pintor francés M. E. Delacroix, y con este motivo vamos á estampar aquí algunas descripciones curiosas relativas á los usos y costumbres de las mujeres del imperio de Marruecos:

**JUDIAS.** Su traje es bonito y elegante, pero no les permiten usar ni medias ni zapatos. Lo primero que llevan es una camisa como las españolas, sin otra diferencia que las mangas son de más de una vara de largas, igualmente de anchas, de la figura de un embudo, concluyéndose lo estrecho cerca del hombro para evitar de este modo que se vea más del brazo, que es torneado y hermoso; después se ponen un jubón de color carmesí con manga corta y estrecha, todo muy bien guarnecido de oro, piedras y brillantes; un refajo de paño verde, también guarnecido de oro y terciopelo carmesí, que después de liárselo al cuerpo queda como si fuera un vestido á la española.

En la cintura sujetan el refajo y el jubón con una faja de oro y seda encarnada, quedando el talle y pecho como si llevaran un buen corsé; las mangas de la camisa interior, como son tan largas y anchas, se las remangan de modo, que atando las puntas de ambas á la espalda, forman un hermoso pabellón de colores; el cuello y pecho quedan descubiertos y los adornan con buenos collares de coral, perlas y piedras preciosas; los brazos, como quedan descubiertos, los adornan con unas pulseras ó brazaletes de plata maciza y muy bien trabajada; llevan en las orejas, con unos fiadores, pendientes muy gruesos y grandes, de tal forma, que con todos los adornos que cuelgan vienen á descansar y juguetear sobre los hombros ó el cuello; en la frente llevan una rica y hermosa diadema guarnecida de piedras y perlas preciosas, dejándose el cabello dividido en dos trenzas sueltas que caen colgando por la espalda, y en las puntas ponen dos borlas y cordones de oro. Como no usan medias, adornan las piernas con grilletas de plata maciza y labrada, y chinelas muy bien bordadas de oro y piedras preciosas. Son general-

bien muy bonito y atractivo; consiste en un peinado todo lleno de muchas trencitas que concluyen entre las sienes y la frente asidas con unas figuritas de plata en cada lado, como si fuera un clavo romano pequeño, por detrás; todo lo demás del pelo lo dividen en dos grandes trenzas que dejan sueltas y colgando como las de las judías solteras. Después de esto muchas llevan hermosos turbantes; en el cuello un collar de coral ú otra cosa equivalente, y en su defecto mucho ámbar, nácar, moneditas de oro y aun clavos de especia.

Usan camisa interior como las de las mujeres de Europa, que llega un poco más abajo de las rodillas; otra de grana, encarnada ó verde, que está abierta de arriba abajo por delante, y se la cierran cuando quieren con muchos botoncitos y bordados; otra por el mismo orden que la anterior, solo que es blanca, pero de una finura y transparencia que se distingue la encarnada; estas tres camisas se ajustan con una bella y rica faja de oro y seda, quedando un talle esbelto, con el vestido un poco más abajo de la rodilla; como las dos mangas de las camisas exteriores son bastante anchas (pues la interior se la ciñen mucho para que nada se pueda ver del resto del cuerpo) les ponen un cordón por entre las dos mangas que sale por encima del hombro y cuello, el cual lo ciñen con unas correderas que tienen: los brazos, cuello y cuerpo quedan descubiertos, formando una especie de pabellón; las puntas de estos cordones vienen después á concluir en hermosas chapetas ó pezoneras de plata, que se ponen en cada lado y por encima de los pechos, formando una vista seductora.

Como los brazos quedan descubiertos, los adornan



SOLDADO DE LA GUARDIA NEGRA DEL EMPERADOR DE MARRUECOS.



SOLDADO MARROQUI.

tambien con muchas pulseras ó brazaletes de plata labrada ó maciza, y desde las muñecas hasta los dedos se pintan con colores, que parece que llevan guantes calados y bordados. Tambien se pintan desde los tobillos hasta las uñas de los piés, lo mismo que las manos y lo demás de la pierna.

Como no gastan medias, las adornan con grilletas de plata labrada, lo mismo que los brazos, y se calzan con chinelas bordadas ó zapato encarnado que se ponen en chancleta. Como se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, al menor descuido, queda por lo regular descubierta toda la pierna, pero como es costumbre, no se forma la menor aprension ni malicia entre gente de confianza, pues no siéndolo, de ninguna manera se puede ver á la mora.

Para salir á la calle se ligan unos pañuelos á las piernas como si fueran medias, y después se ponen un jai-



MAPA GENERAL DEL IMPERIO DE MARRUECOS.

tal modo, que muchas veces ni aun los zapatos se distinguen, pareciendo entonces á unas fantasmas que pudieran compararse á un tesoro escondido ó á una diosa desfigurada, pues las moras son hermosas, blancas y encarnadas todas las que no salen al campo; es el verdadero tipo andaluz.

Ninguna mora ó judía se deja ver de un europeo, y mucho menos para servir de modelo al artista; sin embargo, hay ejemplos de alguno que otro pintor que ha conseguido tan señalado honor y confianza, no solamente de las personas vulgares ó de baja condición, sino de personas elevadas y hasta de las mismas mujeres é hijas del emperador de Marruecos.

Faltándonos espacio para hablar hoy de la guardia negra del emperador de Marruecos y de su

ejército en general, lo haremos en el artículo del número próximo.

lo haremos en el artículo del número próximo.

### A una pintura de la Concepcion

DE MURILLO.

CANCION.

Murillo, tu gran valía  
Admira la gente extraña  
Al par de la patria mía:  
Eres el pintor de España.  
Porque eres el de María.

Sevilla al que la ganó  
Nuevo trono quiso dar,  
Cuando Murillo nació:  
Otra grada le añadió,  
Y ya el trono fué un altar.

Arde en devocion Sevilla,  
Arde en sacrosanta lid,  
Y escribe con fe sencilla  
Tiernas coplas Miguel Cid  
A la Virgen sin mancha.

Inflama su devocion  
Al misterio venerando  
De la Santa Concepcion  
Al sucesor de Fernando  
Y á la española nacion.

¿Quién la imagen verdadera  
Dará á España cual ninguna  
Del misterio que venera?  
Un niño que ayer naciera,  
Y solloza en pobre cuna.

Lograr premio tan subido  
Rara vez en hombre cabe:  
Apenas recién nacido  
Querer el niño no sabe,  
Y es de los cielos querido.

Su madre con fe sincera  
A Dios invoca en sus lares:  
Flores del altar quisiera  
Para que el hijo durmiera  
En flores de los altares.

En tronco aun no corpulento  
Cifra graba la pasion:  
El árbol en su incremento  
Dando va luego extension  
Al grabado pensamiento.

De la Pureza el cantar  
Oye al maternal cariño,  
Y el misterio celebrar,  
Mientras su ciencia es de niño,  
Que es la ciencia del llorar.

Su ambicion al cielo llega,  
Su gloria en la Gloria ve;  
Hombre ya, al arte se entrega:  
Y era tan viva su fe,  
Que dejaba de ser ciega.

Si una línea equivocaba  
Al retratar á María,  
Es que su mano temblaba  
Al pensar que la pintaba  
Y que no la copiaria.

Teme, al pintarla, ofenderla;  
Mas el cielo se entreaire,  
Y piensa Murillo verla:  
Es el nácar que se abre  
Para que brille la perla.

La aurora de nuestro bien,  
La flor del mejor pensil,  
Radiante sus ojos ven,  
Y en nubes de cien en cien  
Angeles de mil en mil.

Presumen que á acompañarlo  
Bajan en alas del viento;  
Y aunque quieren abrazarlo,  
Solo aguardan el acento  
Con que Dios debe llamarlo.

Siente su pecho abrasar  
Murillo, cuando tal mira:  
Ya la puede retratar,  
Que él solo puede pintar  
Cuanto la Virgen inspira.

Tiembla ya con temor santo,  
Porque en gloria tan sucinta,  
Porque en regocijo tanto,  
Los colores con que pinta  
Son los matices del llanto.

Al verlo se extasiaran  
Los ángeles que lo esperan:  
Su dicha en cantos declaran;  
si es que envidiar pudieran,  
Al gran pintor envidiaran.

Siempre la Virgen tendria  
A Murillo en la memoria;  
Y acaso pareceria  
Que no gozaba la gloria  
Si con él no la partia.

Llamó, al fin, á su pintor:  
Su noble patria se engrie  
Con la imagen de su amor;  
Y él, ya en el cielo, sonríe,  
Pues pudo hacerla mejor.

Ve que su ingenio profundo  
Logró la mas feliz palma  
Con aplauso sin segundo;  
Mas para él ¿qué fué el mundo?  
Fué la niñez de su alma.

Aguila, que otro horizonte  
Buscaste en mejor espacio;  
Piedra que en duro desmonte  
Fuiste ayer parte de un monte,  
Siendo hoy blason de un palacio;

Los siglos contemplarán  
Lo que en tí las artes vieron;  
Y tus obras vivirán  
Siempre en la memoria, iman  
De aquellos siglos que fueron.

La cristiana fantasia  
Contempla absorta ante sí,  
Cual la luz del medio dia,  
El cielo abierto por tí,  
Por tí presente á Maria.

¡Feliz mil veces, pintor,  
Pues á tus ángeles ves,  
Cómo llevan con ardor  
El beso de nuestro amor  
De la Virgen á los piés!

ADOLFO DE CASTRO.

### A Pepa.

Si nunca, niña adorada,  
La brisa lleva hasta tí  
La triste y doliente queja  
De mi amante frenesí,  
Es que la brisa te adora  
Y tiene celos de mí.

Si el alegre jilguero.  
Que vuela en torno de tí,  
En sus trinos no te dice  
Que vivo, niña, infeliz,  
Es que el jilguero te adora  
Y tiene celos de mí.

Y si al mirar las estrellas,  
Ellas se esconden de tí,  
Para ocultarte, bien mio,  
Que estoy mirándote allí,  
Tambien es porque te adoran  
Y tienen celos de mí.

Mas si el jilguero y la brisa,  
Y las estrellas, mi hurí,  
Guardan silencio, es que triste  
Con lágrimas lo pedí;  
Porque tengo yo celos  
De cuanto te agrada á tí.  
S. CANOVAS DEL CASTILLO.

## Cuentos y tradiciones populares

DE CATALUÑA.

### UN VIAJE AL INFIERNO.

Conservábase no hace muchos años en la copiosa librería del convento de Santo Domingo de Valencia un gran cuaderno manuscrito en folio, redactado por el célebre don Gaspar Antist, caballero valenciano. Personaje notable en sus tiempos, este escritor sirvió en 1530 el cargo de Mustasaf (Almotacen); y en 1538 fué elegido jurado segundo por el brazo de caballeros y generosos. La obra que mas le distingue y que se ha transmitido inédita hasta nuestros días, se titula: « *Memories de coses senyalades que se han seguit en la present ciutat y reino de Aragón, començant en lo mes de Agost de 1535.* » Supónese sin embargo, que no fué esta su única producción, como es de observar en lo que dice su pariente el maestro Antist en la vida de san Vicente Ferrer: « en los memoriales de Gaspar Antist, jurado que fué de Valencia y hombre muy leído, he hallado que en 29 de noviembre de 1412 se halló san Vicente en Valencia. »

Debióronse acaso perder estos memoriales anteriores á los de dicho cuaderno, cuyo autor murió lunes 21 de noviembre del año 1575, siendo diferente de otro mosen Gaspar Antist, padre de este escritor, de quien dice Gimeno que fué doctor en derechos y abogado de esta ciudad y reino. La obra pues que acabamos de indicar bajo el título valenciano de « *Memories,* » contiene una porcion de casos notables acaecidos en Cataluña y Aragón, casos extraños á que solo la ignorancia ó la mas sencilla credulidad pudiera dar alguna fe. Empeñados empero nosotros en amenizar nuestras columnas por todos los medios posibles, hemos creído sería grata á nuestros suscritores la traducción de estos raros manuscritos, extendiéndola con todas las formas de un cuento, pues así pueden llamarse las relaciones originales de Gaspar Antist; entre las cuales se encuentran sin embargo algunos hechos históricos de mucha validez y de no escasa atención, que procuraremos insertar entre las tradiciones fantásticas de que nos vamos á ocupar.

Tantas cosas se creen en el día, á pesar de que es el siglo de la convicción y del positivismo, que tememos no falte quien crea también estos cuentos; bien que procuraremos engalanarlos y pintarlos de modo que llegue á dudarse de las fábulas de nuestra narración. Cuentos por cuentos allá van estos, que por cierto merecen tanta fe como muchas de las noticias de lueñas tierras con que se llenan las inmensas columnas de los periódicos.

En el año de gracia 1608, siendo virey de Cataluña el duque de Monteleon, y gobernando la diócesis de Barcelona el Ilmo. señor obispo don Rafael de Roviralt, y la de Gerona el Ilmo. señor don Francisco Suazo y Arévalo; sucedió que vivía en la villa de Tordera, del vizcondado de Bas, un Labrador llamado Pedro Porter. Hacia mucho tiempo que este buen hombre había contraído una deuda, que segun aseguraba él mismo pudo satisfacer en el plazo señalado, para lo cual se cancelaron las fianzas que presentara. Sus acreedores empero ó haciendo desaparecer la cancelación ó por otros medios de iniquidad, consiguieron un auto de ejecución contra el apurado Labrador, que viendo embargados sus bienes y renovada la deuda, que se hallaba ya satisfecha, y próximos á perecer en la miseria su mujer y sus hijos, suplicó ahincadamente le concedieran diez días de plazo, mientras se trasladaba al vecino lugar de Cruañes, con el objeto de cobrar algunas cantidades que le adeudaban, y poder con ellas parar el terrible golpe que amenazaba destruir sus escasos bienes de fortuna. Concedido este plazo emprendió inmediatamente su camino el infeliz Porter, dejando á su familia en la mas desoladora aflicción y desconsuelo. Iba triste y pensativo, dándose ya á Dios ya al diablo, ya mandando á Barrabás á sus acreedores y á sus jueces, cuando al llegar á una vereda estrecha y solitaria le salió al encuentro un mancebo, muy apuesto y caballero en un corcel, llevando otro que le seguía como un podenco. Apenas llegaron á la vista uno de otro saludó el mancebo á Porter, que abismado en sus amargas reflexiones, no contestó al cumplido viajero.

— Buenos días, le gritó otra vez el mancebo.

— Guárdele Dios, contestó el Labrador siempre distraído; y sin añadir mas palabras proseguía su camino.

— Buenos días, le volvió á gritar el del caballo, siguiéndole en pos.

— Dejádme en paz, le contestó Porter sin detenerse.

— Es que os veo triste y vengo á ayudaros, replicó el mancebo.

— Gracias, gracias; id con Dios.

Tanta tenacidad llamó por fin seriamente la atención del Labrador, y parándose en seguida, contempló á su interlocutor y no pudo menos de responderle:

— Son tan grandes mis desgracias, que solo Dios puede remediarlas.

— No os arredreis, vecino, le contestó el mancebo; porque Dios envia muchas veces terribles calamidades sobre los hombres para probar su virtud, y cuando menos se piensa llega el remedio.

— Caballero, le interrumpió Porter mirando al mancebo con algun detenimiento, sois demasiado mozo para dar consejos; porque la prudencia y la reflexión vienen con las canas.

— Yo tengo una y otra, replicó con altivez el caballero, y no hay un hombre en el mundo que en esto de aconsejar me lleve ventaja. Dad vado á vuestras cavilaciones, y decidme adónde vais.

— A Cruañes, contestó el Labrador con enfado.

— Pues yo voy también con vos, y á pesar vuestro os salvaré de esas desgracias. Contadlas, buen hombre, y no será vana vuestra confianza. El Labrador volvió á mirar con alguna inquietud á su compañero, pero concibiendo una esperanza remota de que efectivamente podrían tener término sus males, le respondió, despues de haberse santiguado con la mayor devoción:

— Señor galán, yo me llamo Pedro Porter, natural de la villa de Tordera, hijo de Juan Porter, Labrador como yo, y como lo serán mis hijos hasta la última generación. Hace algunos años que experimentándose mucha carestía, mi padre, que Dios haya, y yo tomamos prestada cierta cantidad de dinero, que mi padre satisfizo ya antes de morir. Pasado han veinte años, y ahora me piden otra vez aquella cantidad, y me han embargado mis cortos bienes, y temiendo ir á la cárcel, me he apresurado á ir á cobrar algun dinero que espero recoger en Cruañes. Ahora bien, si tal os sucediera, ¿qué hiciérais vos?

Durante esta breve narración, caminaba á pié el Labrador y apenas podía adelantar mucho por la escabrosidad de la vereda, que se internaba por un desfiladero profundo y pedregoso. A pesar de su fatiga causóle mucha grima el ver que el caballo que llevaba el mancebo de repuesto, se le adelantaba por do quiera, y casi tendiéndose á sus piés parecía brindarle á que le montase.

— Ya lo veis, le dijo el caballero, hasta mi caballo os ofrece motivos para que confiéis en mí. Decidme pues, proseguí, ¿cómo se llamaba el notario que hizo la cancelación?

— German Bozon, contestó Porter, y en seguida le refirió paso por paso cuanto había ocurrido en aquel negocio; y mientras hacia la narración llegaron ambos viajeros á las orillas de un estanque ó laguna conocida por el estanque de Sils, que se extiende entre Tordera y Cruañes. El camino empero se presentaba cada vez mas estrecho, y entonces el caballo suelto se acercó al Labrador, tendiéndose como antes para que le montase. A vista de tanta tenacidad del bruto ya no dudó Porter en aprovechar aquella coyuntura, y pidiendo permiso al caballero subió inmediatamente, santiguándose antes sin embargo con la mayor fe. Así que continuó el camino, y despues de algunos momentos de silencio, dijo el caballero aproximándose al Labrador:

— Me habeis contado vuestros trabajos, y compadecido de ellos voy á presentaros al notario Bozon; agarraos bien porque vamos á correr muy de prisa.

— ¡Cómo! señor caballero, pues ¿adónde vamos?

— Conmigo, á mi patria, á la mansion del diablo.

— ¡Dios mio! exclamó el aterrado Porter; y cualquier esfuerzo que hubiera practicado para escapar hubiera sido inútil; porque ambos caballos, con sus jinetes, se precipitaron en el estanque, hendiéron sus tranquilas aguas, dejando en pos anchas huellas de espuma, y mientras les rodeaba una niebla opaca y un aire mofítico, atravesaron rios, montes y las soledades del mar, hasta que avistaron la boca de una cueva, por cuya profunda oscuridad penetraron en seguida. Entonces dejaron los caballos de correr, y el Labrador, invocando con toda su alma el ángel de su guarda, oyó con terror aullidos extraños, ruido de cascadas subterráneas, luces errantes y misteriosas y el brillo de algunos ojos que le seguían, ya por delante ya por los lados; hasta que entraron en un gran llano cubierto de fuego, entre cuyas llamas saltaban fantasmas informes que ya se percibían entre el rojizo esplendor de aquel inmenso cráter, ya desaparecían entre las columnas de un humo espeso y de un color particular. A vista de tan horroroso espectáculo, preguntó aterrado Porter á su compañero:

— ¿Quién me ha traído aquí? Sueño, ó esto es la imagen del infierno.

— Sí, le contestó el diablo conductor; ¿y conocerias tú al escribano si te lo presentaran?

— No que no, contestó el Labrador; y oyéndose en seguida una espantosa detonación que retumbó en los antros de aquellas cavernas, vió salir un confuso tropel de diablos apiñados, prensados y confusos que conducían el alma de Jaime Villamor que llevaba en las manos un proceso que había falsificado para engañar á un hombre, pero que descubierto lo encarcelaron, volviendo á salir afianzado poco despues, muriendo á los pocos días, y precisamente cuando Porter hacía su camino. En pos del alma de Villamor vió con espanto las

almas de otros, conocidos unos, otros de elevada posición, ó por su sangre, ó por el rango de los destinos que habían desempeñado en Cataluña. A cada una de estas visiones lanzaba un grito de terror y repetía todas las veces el nombre de Jesús. Por fin, vió llegar el alma de Bozon, á quien una voz áspera como el rugido de un leon le preguntó si conocía á aquel Labrador.

— Conózcole, contestó el escribano, tanto que por él me hallo en el infierno.

— ¡Jesús! exclamó Porter; y este grito hizo aullar horrorosamente á aquella multitud de diablos que se estremecieron al escuchar este nombre sagrado. Entonces golpearon á Bozon, le atenacearon y sacudieron para que descubriese el lugar en que se hallaba escondido el auto de cancelación que había hecho desgraciado á Porter; y el miserable condenado contestó, que lo hallarian en la sala de su casa en Hostalrich, en el suelo de un armario que había á siete ladrillos de la pared, donde lo escondiera por enemistad que había tenido con el padre de Porter.

Satisfecho entonces con el descubrimiento se volvió á su conductor, y le dijo con la mayor inquietud:

— Sacadme de aquí.

— Eso no haré yo, respondió el diablo; porque quiero, ni puedo.

— Enseñadme al menos el camino, replicó Porter.

— Tanpoco.

— Válgame Jesús, exclamó entonces el vivo; y al instante se apareció un personaje que llevaba hábito de peregrino, y entregándole este el bordon que le servía de báculo, le dijo:

— Sígueme.

Y al punto se le oscurecieron los ojos, cesó el ruido á su alrededor y un aire mas apacible bañó su frente, hasta que el rumor de voces humanas le sacó de aquel estupor, y se halló en la plaza de Murviedro. Tan largo viaje le había excitado el apetito, y apenas se vió libre, quiso comprar un pan; pero la panadera se negó á admitir una moneda catalana, lo cual hizo ver á Porter que se hallaba en el reino de Valencia. Afortunadamente se encontraba allí un catalán paisano suyo, que se le llevó á su casa, hasta que regresó á Tordera, donde ya se le creía muerto. En seguida dió aviso á la autoridad del sitio en que estaba escondido el fatal papel de Bozon, cuyo descubrimiento sorprendió á los vecinos de la villa. Porter no tuvo dificultad en referir lo que había visto, é indicar los nombres de las personas, cuyas almas habitaban en el infierno. Esta revelación le costó á Porter verse encerrado en la inquisición, de donde salió libre al poco tiempo, y vivió despues dos años, pero triste, meditabundo y solitario. Tenia miedo á las sombras y á la noche, y á pesar de que oía misa y confesaba todos los días, no pudo olvidar hasta que murió su viaje á Cruañes, ni el estanque de Sils, dejando en el pueblo de Tordera y en la villa de Murviedro larga tradición, que se ha perdido ya, y que un curioso posterior al Gaspar Antist unió á sus memorias manuscritas, dándole una fe que encanta por su sencillez, y tratando de convencernos con los informes que redactaron algunas personas graves de su tiempo.

### La extracción del hielo en el lago Mezzo en Mantua.

El autor del dibujo que publicamos con el título que antecede, escribe con fecha 19 de enero en Milan la correspondencia siguiente:

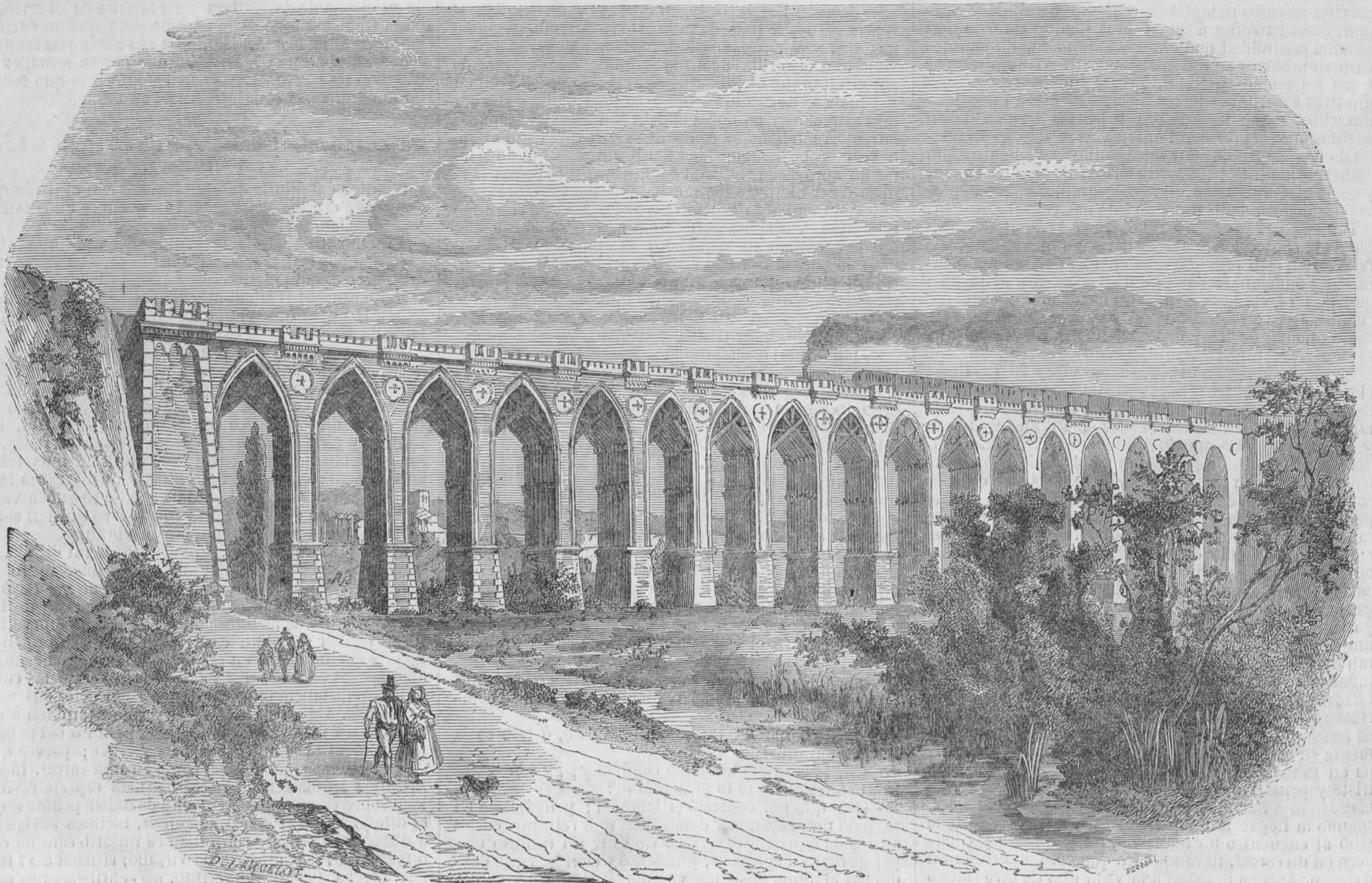
« En cuanto á episodios notables del viaje que estoy haciendo por Italia en compañía de M. Alejandro Dumas, no he podido hallar otro que el que señalo en el adjunto dibujo: tiene el mérito de la dificultad vencida por la imposibilidad que hay de poder dibujar en el radio de Mantua.

» Dejé á Venecia el 14 de este mes triste y desolada. Artísticamente hablando, ese aire de desolación la sienta á las mil maravillas; pues la vista se encuentra distraída con nuestra horrible vestidura, al lado de sus espléndidos palacios de estilo oriental, gótico, bizantino y renacimiento. Los teatros están cerrados. El carnaval tan brillante todos los años, será muy triste en el actual; cuando toca la música austriaca, la muchedumbre se marcha y en un instante se queda vacía la plaza de San Marcos. Los músicos se quedan solos tocando con la maestría que acostumbra.

» Hé aquí en pocas líneas el asunto de mi dibujo. El lago de Mezzo circula á los piés del primer muro de recinto de Mantua; gracias al vehículo que me llevaba y con la ayuda de M. Dumas, pude tomar con mi lápiz ese ángulo de fortificaciones y la escena que se halla en primer término. Esos hombres que rompen el hielo son empleados en ese trabajo por el gobierno, y ellos abastecen todas las neverías. Los centinelas colocados de distancia en distancia, vigilan todos sus movimientos. Algunos patinadores acuden también á divertirse un rato sobre el hielo con permiso del gobernador. Mantua es una ciudad muy triste; parece que está uno encerrado en ella como en una cárcel. Innumerables bandadas de pájaros de toda especie revolotean sobre esas lagunas. Despues de haber podido sacar el dibujo á fuerza de estratagemas, hicimos adelantar á nuestros caballos y continuamos nuestro camino con dirección á *Pietola*, patria de Virgilio, situada á 17 millas. Llegados al último recinto, los centinelas nos cortaron el paso; para seguir adelante se necesitaba una orden del gobernador. Obligados á retroceder, volvimos á Mantua, y pocos momentos despues tomábamos el camino de Venecia para pasar á Milan, donde escrito esta carta. — A. C. »



LA EXTRACCION DEL HIELO EN EL LAGO MEZZO EN MANTUA.



VIADUCTO DEL FERRO-CARRIL DE DESENZANO.